

## El modelo pastoral jesuítico en Chiloé colonial\*

RODRIGO MORENO JERIA\*\*

### Resumen

*La presencia jesuítica en Chiloé se remonta a 1608 cuando los dos primeros misioneros visitaron el archipiélago con el fin de establecer una misión experimental. Sin embargo fue a partir de 1617 cuando el método misional se consolidó a partir de la fundación de la Residencia de Castro. Desde entonces y hasta la expulsión de 1767, el método misional jesuítico fue exitoso en la evangelización de los indígenas y ello se debió a la implementación de un modelo pastoral particular que sólo se explica a través de un proceso que se trata en el presente trabajo.*

**Palabras clave:** Jesuitas, Chiloé, misión, pastoral.

### Abstract

*Jesuitical presence in the island and archipelago of Chiloe, southern Chile dates back to 1608, when the first two missionaries visited the islands with the intention of founding a trial Mission. Nevertheless, it was in 1617 that the Missional method and presence was organized on a permanent basis with the establishment of the Residence of Castro. From then on and until the expulsion of 1767, the Jesuit Missional Method was successful in the evangelization of the natives thanks to the use of a specific and particular system wich is the subject of this paper.*

**Key words:** Jesuits, Chiloé, mission, pastoral.

---

\* Recibido: 2/Febrero/2006 ~ Aceptado: 28/Febrero/2006.

\*\* Doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla (España). Profesor en la Universidad Adolfo Ibáñez. Entre sus publicaciones recientes cabe mencionar «La “Cuestión del Sacristán” y sus consecuencias: un capítulo de las relaciones Iglesia-Estado en Chile en el siglo XIX» (2004), «Missionmethoden der Gesellschaft Jesu in Spanisch-Amerika: Des Beispiel Chiloé im 17. Jahrhundert» (2005), «Los Pasionistas y el Retiro de San José en Agua Santa: apuntes para la historia de un convento viñamarino» (2005), «Los orígenes de la Devoción de Nuestra Señora de Lourdes de Miramar» (2005), *La misión y los jesuitas en la América Española, 1566-1767: Cambios y Permanencias* (2005, en colaboración con J. J. Hernández Palomo). E-mail: rodrigo.moreno@uai.cl.

## 1. La metodología misional

La presencia de la Compañía de Jesús en Chiloé se remonta a 1608 cuando los Padres Melchor Venegas y Juan Bautista Ferrufino arribaron al archipiélago austral y al poco tiempo iniciaron una misión circular de carácter experimental que consistió en visitar durante aproximadamente seis meses las diversas islas del archipiélago en las que habitaban huilliches y españoles, predicando a los lugareños alrededor de tres días antes de continuar el recorrido. Esta fórmula se apoyaba en la ayuda de fiscales indios, quienes quedaban a cargo de las comunidades indígenas tras la ida del misionero y a la espera del retorno al año siguiente<sup>1</sup>.

Desde que la misión jesuítica en Chiloé obtuvo su categoría de *misión permanente* en 1617, amparada en la fundación de la Residencia, la forma de consolidar el método de los Padres Venegas y Ferrufino y que hasta entonces se había repetido en las sucesivas misiones experimentales, fue insistir en dichas incursiones durante los meses de primavera y verano de cada año, como una forma de acostumar a los indios al contacto anual con los misioneros y principalmente los sacramentos<sup>2</sup>. Para ello era necesario que las visitas mantuvieran una periodicidad rigurosa, a tal punto que los indios ya no dudaran sobre la posibilidad de que los Padres no pudieran llegar a su territorio.

La garantía de que los jesuitas estarían con ellos año tras año, les obligaba a cumplir las obligaciones a las cuales quedaban comprometidos como cristianos, teniendo la presión de que si no lo hacían, los Padres

---

<sup>1</sup> La idea de tener fiscales indios como colaboradores de las misiones se remonta a la primera etapa de la evangelización de Hispanoamérica y si bien no fue un invento jesuita, en Chiloé dicha institución adquirió gran importancia, lo que ha permitido que perdure hasta nuestros días. Véase G. Guarda, «El Apostolado Seglar en la Cristianización de América: La Institución de los Fiscales», en *Historia*, n°7 (1968), 205-206.

<sup>2</sup> Esta práctica de repetir la experiencia previa que hicieron los jesuitas en Chiloé no era nueva en el contexto de la historia de la evangelización. Pedro Borges señala que las órdenes religiosas tenían la inmensa ventaja de la continuidad en cuanto los modelos misionales aplicados. El autor señalaba que «una vez que las primeras generaciones de misioneros descifraron la terrible incógnita de cómo acometer una empresa semejante, la solución iba transmitiéndose sucesivamente de unos a otros, se iba enriqueciendo cada vez más con nuevas aportaciones, y los que llegaban no tenían más que aplicar la sabiduría de quienes les habían precedido a la situación para ellos insospechada y legarla a su vez, con personales experiencias, a quienes les sucedieran», en P. Borges: *Los Conquistadores Espirituales de América*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla 1961.

con la ayuda de los fiscales, se enterarían en la próxima visita y aplicarían las sanciones tanto públicas como privadas<sup>3</sup>.

En otras palabras, los jesuitas crearon un sistema misional en que la perseverancia de las visitas promovía un modelo misional muy entrelazado, en cuanto a que la obligación de los jesuitas por cumplir la visita anual, obligaba a los indios a responder con su progreso espiritual.

Siguiendo las experiencias adquiridas en esos primeros años, los misioneros dividieron su trabajo pastoral del año en dos etapas bien definidas, el trabajo pastoral de asistencia en Castro, los curatos y sus alrededores durante los meses de otoño e invierno, y la misión circular desde la primavera hasta final del verano.

## 2. Primera etapa pastoral: Castro y los poblados

La primera de ellas consistía en atender pastoralmente a los españoles, criollos, mestizos e indios que vivían en la isla grande de Chiloé, principalmente en la ciudad de Castro y sus alrededores, más los habitantes de los fuertes de Chacao, Calbuco y Carelmapu.

Podría parecer un trabajo tranquilo y estable pero resultaba tan trabajoso como la misión circular puesto que al no existir vías de comunicación, los meses en que se desarrollaban estas actividades eran entre abril y agosto, es decir, durante la dura temporada invernal. Para cumplir con estas obligaciones, los misioneros se trasladaban a caballo si había que internarse al interior de la isla grande, o en dalcas, si el destino hacía impracticable otra forma de llegar.

Este tipo de práctica pastoral, estaba sujeto a la jurisdicción de los curatos diocesanos, por lo cual, los Padres debían actuar con la autorización del cura vicario, permiso que además debía ser otorgado con la autorización del diocesano, en este caso, el obispo de Concepción.

En un principio estas actividades pastorales urbanas y rurales no generaban mayores conflictos de jurisdicción puesto que era tal la escasez de sacerdotes que al menos en el siglo XVII, la presencia de sacerdotes de la Compañía, mercedarios y franciscanos<sup>4</sup>, era considerada

---

<sup>3</sup> Los fiscales eran reprendidos severamente cuando no cumplían su oficio. Existe un testimonio elocuente para el caso de los fiscales en tierra mapuche, cuando se señala que «tienen también pena los fiscales de azotes el día que se llegase a entender que algún chiquillo a muerto sin agua del bautismo o algún indio adulto sin confesión y así es grande el cuidado que tienen de llamar al Padre cuando hay algún doliente». Carta del P. Benito de la Barra, Quillín (Araucanía) 8 de octubre de 1693. AGI, Chile 66.

<sup>4</sup> Se debe recordar que el convento franciscano estuvo activo en Castro durante la segunda mitad del siglo XVI pero que estaba desocupado a los inicios del siglo XVII.

necesaria para la atención pastoral de todos los ciudadanos del archipiélago. Además la presencia de clérigos era siempre tan escasa, que pese a las tres plazas existentes desde principios del siglo XVII, durante ese siglo pocas veces hubo más de un sacerdote, que casi siempre concentraba sus actividades en Castro.

La razón de esta carencia diocesana endémica, se debía a la falta de vocaciones que sufría el obispado de Concepción, antes con sede en la desaparecida ciudad de La Imperial. La guerra de Arauco y las constantes convulsiones que vivían las pocas ciudades de su jurisdicción eran un factor a tener en cuenta no por el hecho de que el temor mitigara los deseos de algunos jóvenes de consagrarse a la vida sacerdotal, sino porque la población de la diócesis no era numerosa y la pobreza general impedía entre otras cosas que el seminario tuviese las condiciones mínimas para su subsistencia<sup>5</sup>.

El seminario de Concepción era el más antiguo de Chile, fundado en 1578, seis años antes que el de Santiago. Sin embargo, la mencionada destrucción de la sede episcopal, trajo consigo una existencia limitada a las precarias condiciones que sufrieron las ciudades de la frontera. En el siglo XVIII, cuando el seminario logró un mayor esplendor tras su refundación a cargo de los jesuitas, nuevamente se vio afectado por las propias contingencias que vivió la ciudad que acogió sus dependencias ya que Concepción fue completamente destruida por el terremoto de 1751 que obligó a su traslado definitivo.

Pero no sólo eran problemas vocacionales los que afectaban directamente al clero diocesano, porque de todas formas hubo vocaciones criollas que llegaron a ordenarse sacerdotes y que trabajaron en el apostolado de la diócesis. El problema era la precariedad y pobreza en la que estaban sumidos los curatos de la diócesis, incluyendo los de la misma sede metropolitana, y en ese contexto, los de Chiloé y Valdivia eran considerados los más pobres de la diócesis, por lo cual era difícil encontrar voluntarios que se consagraran literalmente a la pobreza sin siquiera tener los votos para vivir en ella<sup>6</sup>. Por esta razón, los clérigos más calificados del obispado difícilmente eran destinados a ocupar estas plazas por lo cual los curas de Chiloé no eran lo mejor que disponía el

---

Sólo en 1682 se volvió a poblar. Relación a S.M. del P. Diego Felipe de Cuellar de la orden de San Francisco, 12 de septiembre de 1681. AGI, Chile 66.

<sup>5</sup> Entre 1603 y 1604 la diócesis de Concepción estaba reducida a tres ciudades, Concepción, Chillán y Castro y en total sumaban alrededor de 125 casas de vecinos. El resto de la población vivía dispersa.

<sup>6</sup> R. Urbina: *Gobierno y Sociedad en Chiloé Colonial*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, 1998, 95.

obispo para que trabajaran en esas difíciles tareas pastorales. El obispo de Concepción reconocía esta realidad en 1725 cuando señalaba:

«Los de Valdivia y Chiloé (curatos) que son 4, tienen algo más de sínodo, y obenciones, pero todo es una suma mísera y cortedad; por cuya razón, se sirven estos curatos de pobres sacerdotes de poca, o ninguna suficiencia para el ministerio Parroquial, siendo inevitable este trabajo y escrúpulo grave en el prelado, porque siendo tan sumamente corta la renta de estos curatos, no hay clérigo que sepa un poco de moral (que el que lo sabe en esta tierra se tiene por hombre docto) que se quiera reducir a un presidio con las cargas de curato»<sup>7</sup>.

En el siglo XVIII, fue un poco más frecuente que los curatos de Chiloé tuvieran sus plazas ocupadas aunque nunca los clérigos fueron suficientes para atender a toda la feligresía de la isla grande, islas cercanas y menos aún, la atención a los soldados de Carelmapu y los indios del archipiélago, por lo dificultoso de las travesías. Lo anterior explica que en las fuentes sea frecuente encontrar a los jesuitas trabajando en Carelmapu, Calbuco y Chacao en el período invernal, aunque en estos dos últimos sitios, teóricamente debían contar con la asistencia de un clérigo.

El Gobernador Antonio Narciso de Santa María en 1756 insistía en la necesidad de nuevos clérigos para Chiloé, llegando a proponer tenientes de curas que sirvieran de apoyo a los presbíteros de Castro y Chacao:

«En lo espiritual digo que, para consuelo de todos los habitantes en esta provincia, sería muy del agrado de Dios se provea dos tenientes de cura, el uno en la ciudad de Castro y el otro en el puerto de Chacao. Pues teniendo estos curas unas jurisdicciones tan dilatadas es imposible puedan atender a ellas con la puntualidad debida»<sup>8</sup>.

Los jesuitas aparecían como colaboradores ocasionales, que apoyaban fundamentalmente en la visita a los enfermos que vivían en las jurisdicciones de Castro, Chacao y Calbuco. Aunque también hubo ocasiones en que por la vacante de un curato, los misioneros, bajo la autorización del vicario de Castro, cumplieron funciones parroquiales en general. Esta situación, en el siglo XVIII se vio frecuentemente en

<sup>7</sup> Carta del obispo de Concepción al Rey, Concepción 30 de septiembre de 1725. AGI, Chile 151.

<sup>8</sup> Informe de don Antonio Narciso de Santa María sobre el gobierno de Chiloé, 14 de marzo de 1756. BPR, Ms. 2424.

Chacao, en donde no hubo mucha presencia diocesana y sí la permanencia de un jesuita, que en tiempos de la llegada del navío anual, habitualmente en primavera, se establecía allí para recibir los sínodos y provisiones para la misión<sup>9</sup>. Esta estadía era aprovechada para atender a los vecinos y hacer una auténtica misión en una sociedad muy necesitada.

En este contexto, se puede señalar que las relaciones entre el clero secular y los jesuitas eran cordiales, en cuanto a que los primeros colaboraban en las actividades pastorales que los segundos no podían asumir, sin embargo, en 160 años de misión existieron conflictos pero que no permiten concluir una situación generalizada.

Los motivos de roces tenían relación con que los misioneros no rebasaran las fronteras de lo permitido en cuanto a la administración de sacramentos en distritos en que se requería la autorización parroquial. En ese sentido los misioneros realizaban actividades que sólo después de hechas, las regularizaban de acuerdo a las jurisdicciones parroquiales vigentes. El P. Ovalle, cita un caso en que el vicario de Castro se mostró muy receloso de la actividad de los jesuitas. Sin embargo, eso no alteró las buenas relaciones que la Compañía tuvo con el clero secular, alimentada fundamentalmente por la cordialidad con que la Compañía intentaba mantener el contacto con el titular diocesano<sup>10</sup>.

De hecho, en una declaración del deán de la catedral de Concepción ante el obispo, hecha a petición del procurador de la Compañía P. Pedro de Ayala, se señalaba que por las últimas informaciones recibidas del cura vicario de Castro don Francisco Pérez de Aguilar, los jesuitas realizaban un importante apoyo a las actividades pastorales en la ciudad de Castro y sus alrededores. También aseguraba que se atendían confesiones diariamente en el colegio de la ciudad, incluso en un horario mayor al que se acostumbraba en el resto de las parroquias de la diócesis<sup>11</sup>.

Ese tipo de testimonios significaba mantener la buena impresión que los prelados tenían de la labor de los misioneros en una región tan periférica de la diócesis.

Todo lo anterior, no elimina las críticas que desde la Compañía se hacía a la tarea realizada por los clérigos en cuanto a la primera cristianización de Chiloé. El P. del Techo se refería así a la precaria

---

<sup>9</sup> R. Urbina: op. cit., 103.

<sup>10</sup> A. de Ovalle: *Histórica Relación del Reyno de Chile*. Instituto de Literatura Chilena, Santiago 1969, 396.

<sup>11</sup> Declaración de don Juan de Guzmán y Peralta, deán de la catedral de Concepción, Concepción 22 de diciembre de 1749. AGI, Chile 154.

cris­tian­dad de los in­dios que en­con­tra­ron los je­su­itas a su lle­gada a Chiloé:

«Algunos sacerdotes seculares habían opinado que estos eran incapaces de recibir los sacramentos, y así los tenían descuidados, por lo cual muy pocos recibieron otro sacramento sino el bautismo»<sup>12</sup>.

Estas críticas subieron de tono cuando el mismo Del Techo afirmaba que «demasiado claro aparecía que quien los bautizó —a los indios— no pretendía el bien espiritual de los indios sino su interés particular»<sup>13</sup>. Sin disponer de pruebas frente a estas duras acusaciones, de todas formas hacen recordar las citadas palabras del obispo un siglo más tarde, en cuanto a la calidad del clero del archipiélago.

De todas formas, acusaciones como las del P. del Techo no fueron tan frecuentes en Chiloé, aunque en ese tiempo no bastaban muchos comentarios negativos para alimentar una mala fama con la cual el clero secular tuvo que cargar, en algunos casos injustamente<sup>14</sup>.

En cuanto al tipo de actividad pastoral que la Compañía desarrollaba en esos meses de invierno, se cuentan la celebración eucarística, las prédicas, los ejercicios ignacianos, los bautizos, las confesiones y las extremaunciones. En carta anua de 1684 el provincial describía este apostolado realizado tanto en Castro como en Chacao, Calbuco y Maullín:

«En nuestra iglesia de Castro se hace todos los domingos la doctrina adonde acuden los indios que habitan en el pueblo y los comarcanos después de haber oído misa. La gente española en Castro y en las demás islas donde habitan lo más del año gozan también del pasto espiritual con la ida de los Padres, confesándose y comulgando y la gente de guerra española que está dividida en tres fortificaciones que son Chacao, Calbuco y Maullín, participan también todos los años de este bien en llegando allí nuestros Padres y les componen sus

<sup>12</sup> N. del Techo: *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. A. de Uribe y Cía., Madrid 1897, T. II, 91.

<sup>13</sup> *Ibid.*, II, 191.

<sup>14</sup> Esta mala fama llegó a convertirse en una verdadera leyenda negra en la historiografía eclesiástica tradicional en los siglos XVIII, XIX y mediados del XX. Sólo con la aparición de la obra de Constantino Bayle, *El Clero secular en la cristianización de América* (Biblioteca Missionaria Hispanica VI, Madrid 1950) se comenzó a estudiar con más profundidad un tema que sólo había sido visto a la luz de las órdenes religiosas.

discordias, les hacen sus pláticas y sermones y visitan los enfermos alentándoles a llevar con paciencia los regalos que Dios les envía»<sup>15</sup>.

También los Padres procuraron aplicar en su método apostólico la tarea educativa, que en Chiloé era un trabajo que dependía de ellos. De hecho, mantuvieron desde temprana época la escuela de primeras letras para niños españoles<sup>16</sup>, la cual fue atendida inicialmente por un seglar, pero más tarde, fue asumida por un Padre en forma permanente.

Esta práctica de verdadero servicio a la comunidad, formaba parte de la tradicional acción pastoral jesuítica que entendía la educación como una de sus tareas apostólicas más importantes en la misión de la orden<sup>17</sup>. Si bien en Chiloé, este tipo de acción fue de menor repercusión que la realizada por los jesuitas en los colegios de Santiago, Concepción y Chillán, el valor en el trabajo de enseñanza en Castro, significaba la única opción educativa que tenían sus vecinos. En el siglo XVIII, cuando la misión de Achao se transformó en residencia permanente de al menos un misionero, se estableció también allí una escuela de primeras letras, esta vez para niños españoles e indios y lo mismo se hizo en Chonchi desde mediados de la década de 1750<sup>18</sup>.

Un buen ejemplo de que la educación fue considerada importante para la Compañía en Chiloé y que generó provechosos frutos a la orden es que por su escuela de primeras letras y posterior curso de gramática abierto en 1662, pasaron por su aula al menos trece jóvenes, que años más tarde se incorporaron a la Compañía<sup>19</sup>.

Sobre este punto el P. Stulz o de Silva había advertido en 1655 la importancia de los estudios, especialmente de gramática latina, como medio para obtener vocaciones, ya que en la provincia de Chile la escasez era alarmante. Decía con mucho pesimismo que

«hay pocas esperanzas de vocaciones autóctonas. Los estudios humanísticos (de latinidad) no son estimados, por lo que sufre la enseñanza y escasean las vocaciones»<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> Carta Anua de la Provincia de Chile desde 1676 a 1684, Santiago 20 de marzo de 1684. ARSI, Chile 6, f.345v-346.

<sup>16</sup> Cuando se hace referencia a los españoles de Chiloé, se incluye a los criollos y mestizos.

<sup>17</sup> Carta de San Ignacio a un bienhechor, Roma c.1553. En San Ignacio, *Obras Completas*. BAC, Madrid 1977, 889.

<sup>18</sup> R. Urbina: op. cit., 115.

<sup>19</sup> Según los catálogos de la Compañía trece castreños ingresaron en la Compañía desde la segunda mitad del siglo XVII y durante el XVIII.

<sup>20</sup> Carta del P. Juan Stulz (de Silva) al P. Christoph Bapst, Castro 13 de noviembre de 1655. BSA, Jesuiten, 595/6.



La experiencia le dio la razón a este misionero de origen suizo porque todas las vocaciones de Chiloé fueron posteriores a la apertura del curso de gramática y para el caso de la provincia de Chile, a medida que progresaron los estudios, especialmente en la segunda mitad del siglo XVII y durante el siglo XVIII, las vocaciones chilenas fueron más frecuentes.

En cuanto a otros medios que los jesuitas utilizaron para cumplir sus objetivos pastorales la organización de las fiestas religiosas fueron fuertemente promovidas entre los indios y los españoles. Estas celebraciones se realizaban en Castro y en las islas del archipiélago y su organización dependió de las festividades patronales de cada iglesia y capilla.

Con relación a las fiestas en Castro, a medida que se consolidó la misión circular y hubo más sacerdotes disponibles, pudieron organizarse mejor, con gran convocatoria de los habitantes de la ciudad e incluso con la participación de los indios del archipiélago en algunas de ellas. El P. Güell así las describía:

«La mayor parte de dicho archipiélago se junta en la ciudad de Castro tres veces al año. La primera vez está allí desde Semana Santa hasta Cuasimodo. En aquel tiempo se hace una grande misión que comienza el sábado Santo y dura diez días, y entonces se confiesan todos y comulgan. La segunda es desde el 23 de julio hasta el 1° de agosto, cuando los españoles hacen la fiesta de Santiago y la de San Ignacio en el colegio, y al otro día la de San Javier por estar entonces junto el pueblo. La tercera es del ocho de agosto hasta el 16 del mismo mes, cuando se juntan todos los indios a la novena y fiesta de la Asunción»<sup>21</sup>.

Las fiestas religiosas permitían continuar el espíritu de misión durante los meses en que no se visitaban las islas del archipiélago. Además posibilitaba el desarrollo de la religiosidad popular, con cantos, bailes y un colorido que forjaba una identidad religiosa propia de Chiloé<sup>22</sup>.

Este tipo de prácticas devocionales también era una buena oportunidad de reunir en una fiesta comunitaria a todos los indios y españoles pese a que la prioridad de la Compañía siguió siendo la

<sup>21</sup> Noticia breve y moderna, ARSI, Chile 5, ff.379v.

<sup>22</sup> Sobre las costumbres religiosas en Chiloé, véase I. Vázquez de Acuña: *Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana*. Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, Santiago 1956.

atención a los primeros<sup>23</sup>. Este encuentro en la fe era una de las excepciones que los jesuitas se permitían realizar en el método misional puesto que lo habitual era evitar el contacto de indios con españoles para que no hubiese roces o situaciones que pudiesen perjudicar el trabajo pastoral. De todas formas el aislamiento de los indios en Chiloé no era posible como los jesuitas lo habían aplicado en otras regiones de América, porque el régimen de encomienda imposibilitaba ese ideal metodológico, aunque de todas formas se intentaba mantener una distancia cuando se realizaba el trabajo pastoral.

No obstante, cuando surgió la posibilidad de misionar primero a los chonos y luego a los cauchues, los Padres volvieron a privilegiar el método de aislamiento, aprovechando que esos indios fueron liberados de la encomienda. Es decir, se advierte una adaptación a las circunstancias pero cuando éstas se asemejan a las que los misioneros tenían en otras regiones, de otro modo se aplicaban los métodos apostólicos más tradicionales.

Esta etapa invernal fue para los jesuitas parte indivisible del método misional aplicado en todo el archipiélago. El apoyo que significaba tener emplazada la residencia y luego el Colegio en Castro, permitía usarle como cabecera tanto para el contacto con los españoles, como también para con los indios dispersos en el archipiélago.

Cabe hacer notar que este sistema se ideó para un mínimo de dos religiosos y un promedio de cuatro. Cuando la Compañía decidió ampliar el número de sacerdotes en el archipiélago, se pudo mejorar el método. En el caso de esta etapa invernal, pasó a ser permanente en la segunda mitad del siglo XVII y el siglo XVIII, ya que se pudo disponer simultáneamente de sacerdotes dedicados a la misión circular y otros con estabilidad en Castro<sup>24</sup>. El establecimiento de otra residencia y la fundación de villas al final del período jesuítico en el archipiélago, se comprenden en el contexto de la segunda etapa del método misionero del archipiélago.

---

<sup>23</sup> Carta Anua de la Provincia del Paraguay, Córdoba 1620. En C. Leonhardt (Ed.): *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán: 1609-1637*, vols. XIX-XX de los Documentos de la Historia Argentina. Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires 1929, II, 193 (en adelante *Cartas Anuas*).

<sup>24</sup> La presencia permanente del Rector del Colegio, del sacerdote maestro de escuela y del procurador en Chacao son pruebas de los cambios que se verifican a contar del siglo XVIII.

### 3. Segunda etapa pastoral: la misión circular

La segunda etapa correspondía a los meses de primavera y verano, al menos en el siglo XVII. Los Padres practicaron el método de misión circular ya referido, en el cual se procuró respetar la experiencia de los pioneros, insertando modificaciones a medida que las condiciones eran apropiadas para hacerlo.

Por ejemplo, mientras hubo sólo dos Padres en el archipiélago, se intentaba hacer la misión circular continuada entre los meses de septiembre y febrero de cada año. Al menos así lo hicieron los Padres Venegas, Ferrufino y Esteban en los viajes realizados hasta 1613.

Este tipo de correrías obligaba a los misioneros a permanecer fuera de la residencia durante las celebraciones de Adviento y Navidad pero daba prioridad al regreso a Castro a más tardar el miércoles de ceniza, ya que se buscaba vivir un período de mayor recogimiento en Semana Santa y al mismo tiempo posibilitaba participar en la atención espiritual de los vecinos de la ciudad de Castro.

En la medida en que fue posible mantener tres a cuatro sacerdotes adscritos a la residencia, entonces se optó por hacer una interrupción en la misión circular en el período de Adviento y continuarla después de Epifanía, pero a cambio de ello se amplió el plazo de la segunda parte del recorrido con lo cual los misioneros ya no regresaban al comienzo de la Cuaresma, sino que regresaban a Castro en vísperas de Semana Santa y Pascua<sup>25</sup>. Lo anterior se debía a que en Castro quedaban uno o dos sacerdotes que podían atender las necesidades de la Cuaresma y en cuanto a la disciplina religiosa de los Padres, se optaba por priorizar el Adviento como tiempo para retomar fuerzas, tanto espirituales como físicas.

En el siglo XVIII, cuando el número de misioneros fue aún mayor, la práctica habitual fue que la misión circular se extendiera hasta el mes de mayo, por lo cual la Semana Santa se celebraba en alguna estación misional importante, donde no sólo se celebraba con los habitantes de la capilla sino que acudían indios y españoles de otras capillas menores. Sin embargo, un caso excepcional es el recorrido que realizaron los misioneros en el año 1757 a 1758, ya que salieron de Castro el 18 de septiembre y regresaron a Castro el 15 de agosto del año siguiente<sup>26</sup>. Este ejemplo fue poco habitual pero tampoco fue la única

<sup>25</sup> Carta Anua de la Provincia del Paraguay, Córdoba 1620. En *Cartas anuas*, II, 193.

<sup>26</sup> W. Hanisch: *La Isla de Chiloé, Capitana de Rutas Australes*. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago de Chile 1982, 172.

vez que los Padres extendieron la visita al archipiélago durante los meses de invierno. Los constantes atrasos y el deseo de visitar la mayor cantidad de capillas eran razones para comprender las variaciones que en algún momento se produjeron.

También se hizo habitual que en las últimas misiones circulares antes de la expulsión varios sacerdotes participaran en los recorridos, quienes en forma de relevos, hacían mucho más llevadero el largo periplo de ocho meses o iban a lugares que por razones de tiempo no podían ser visitados en la misión de ese año<sup>27</sup>.

Otra razón que posibilitó estos cambios fue que con los años, gracias a un mejor conocimiento geográfico del archipiélago así como a la realidad demográfica de los indios y españoles que vivían dispersos en él, la misión circular había ampliado de tal forma su radio de acción que no era factible su realización en una sola etapa. Al mismo tiempo, el recorrido sufría modificaciones que en algunos casos parecen inexplicables desde el punto de vista geográfico. El P. Güell intentaba explicar las razones:

«Si el curioso lector se quiere divertir en el derrotero que lleva esta misión, no es como representa el mapa, yendo seguido de capilla en capilla, sino que el orden de las capillas es como sigue, y aunque al ver el mapa parecerá rodeo, mas este rodeo es forzoso por mil razones»<sup>28</sup>.

Hacia mediados del siglo XVIII, cuando el número de sacerdotes llegó a un mínimo de siete, se pudo mejorar el método circular marítimo, estableciendo residencias permanentes en Achao, Chacao y Chonchi<sup>29</sup>. Estas residencias, verdaderas cabezas de playa de la misión circular, se ubicaban en los sectores donde la población indígena y española era más numerosa y permitieron que los misioneros atendieran con más regularidad a los naturales de dichas misiones así como las numerosas capillas que se integraron a sus respectivas jurisdicciones<sup>30</sup>. Cuando se

<sup>27</sup> En la misión circular de 1764-1765 trabajaron los PP. Miguel Mayer y Juan Vicuña pero éste último fue reemplazado en la segunda parte por el P. Javier Ignacio Zapata. En la misión circular de 1767-1768, participaron los PP. Miguel Mayer y José García pero también los ayudaron en algunas partes los PP. Cristóbal Cid y Pascual Marquesta. Esta fue la última misión circular ya que el 9 de diciembre de 1767 los PP. Mayer y García fueron detenidos en Curaco de Vélez.

<sup>28</sup> Noticia breve y moderna. ARSI, Chile 5.

<sup>29</sup> R. Urbina: op. cit., 102.

<sup>30</sup> Si bien en el caso de Achao la misión tenía su origen en el traslado de la misión de los chonos que se atendían en la Punta de Chequián, cuando se estableció a mediados de 1740 atendía indistintamente a chonos de las islas cercanas y los veliches que habitaban la región.

fundó la misión de Caylín, mejoró aún la atención espiritual que los Padres entregaban a los indios que habitaban las diversas islas al sur del archipiélago pero al igual que en Chonchi, se intentó aplicar un método más cercano a la reducción.

En cuanto al método practicado en la misión circular, los jesuitas mantuvieron en parte la estructura de lo que se conocía como misión volante, variante de las tradicionales misiones populares europeas, muy difundidas a partir del siglo XIII. Este tipo de misión tradicionalmente consistía en que uno o dos padres visitaban, previo aviso de su llegada, un pueblo durante varios días, realizando prácticas devocionales con la comunidad, haciendo pláticas al pueblo durante los días de la misión e impartiendo los sacramentos del bautismo, confesión y extremaunción. También se animaba a los fieles a regularizar otros como el matrimonio y la comunión con el párroco del lugar. Se celebraban misas durante los días de estancia o una gran celebración al final de ésta. Este tipo de misión podía repetirse al año siguiente o los predicadores podían elegir otro lugar no visitado ese año.

Pero en Chiloé, si bien el método practicado por los jesuitas podría ser catalogado en esa categoría, los misioneros hicieron una adaptación a un medio tan particular. En primer lugar, tal como se señaló, la misión no era esporádica sino regular, es decir, los Padres retornaban año tras año, salvo excepciones ocasionales como por ejemplo, las dificultades en la navegación a causa de la tormenta, que podían retrasar de tal forma el periplo circular que hacían tomar la decisión de descartar una de las estaciones misionales<sup>31</sup>.

Tampoco los Padres visitaban pueblos o haciendas ya que si bien en Chiloé es común denominar pueblos a los lugares donde se hacía la misión, se entendía este concepto como un grupo de habitantes reunidos en un lugar y no como una realidad urbana. De hecho, la capilla siempre se ubicó en un lugar deshabitado, que solo servía para congregar a toda la comunidad de la isla en los días en que se realizaba la misión.

Los Padres no llegaban a un asentamiento sino que se acercaban a un sitio concertado por todos y para ello contaba con la colaboración de seglares, los llamados fiscales. Ese lugar sería el «pueblo» por algunos días, aunque con el correr de los siglos, algunas de esas capillas efectivamente darían origen a un asentamiento urbano más estable. Esto último se debió a que los indios hacían chozas provisionales junto a la capilla con el fin de permanecer allí todos los días que duraba la misión. Con el tiempo, en algunos lugares estas construcciones fueron mejoradas hasta llegar a ser permanentes, lo cual dio origen a un pueblo.

<sup>31</sup> En la misión de 1758-1759 no se hizo misión en ocho capillas.

Los Padres tampoco solían visitar los lugares donde hubiese un sacerdote. De hecho, en el archipiélago, fuera de la isla grande y Calbuco, debía haber un presbítero en Chacao que también teóricamente debía atender el antiguo fuerte de Carelmapu. Sin embargo, en el siglo XVIII los jesuitas solían incorporar Carelmapu en la misión circular porque rara vez el clérigo de Chacao, si lo había, podía visitar la antigua capilla y a sus vecinos. En teoría todas las islas y sus capillas podían ser atendidas por los clérigos de sus curatos respectivos pero, como ello no ocurría, la misión circular le entregaba a los habitantes, tanto indios como españoles, la atención espiritual que de otra forma sólo podían recibir si se trasladaban a las sedes parroquiales de su jurisdicción.

De esta forma, esta misión se hacía en lugares donde habitualmente se requería regularizar todos los sacramentos, incluidos aquellos que necesitaban expresamente la autorización parroquial. Incluso, el sacramento de la confirmación, que sólo podía ser dado por el obispo, fue impartido por los misioneros durante un tiempo ante la prolongada ausencia de un prelado en el archipiélago<sup>32</sup>.

Con estas grandes diferencias, se puede vislumbrar una misión única, que si bien no fue planificada así desde sus inicios, fue el resultado de una práctica habitual entre los misioneros de la Compañía de Jesús y otros religiosos, en cuanto a adaptar sus conocimientos y métodos tradicionales a las circunstancias a las cuales se enfrentaban día tras día<sup>33</sup>.

Cuando se consolidó la misión estable en 1617 hubo que esperar a que el número de jesuitas en el archipiélago aumentara para que el método se pudiese mejorar, al menos en cuanto a las fechas en que se desarrollara el periplo circular. Si en un comienzo la misión comenzaba en agosto o primeros días de septiembre, posteriormente se hizo tradicional el que la misión circular se iniciara los días 17 ó 18 de septiembre de cada año, es decir, casi simultáneamente al inicio de la primavera en el hemisferio sur.

El P. Walter, procurador de misiones de la Provincia de Chile, describía el método que practicaban los misioneros en 1762. Sobre el inicio de la misión señalaba:

---

<sup>32</sup> Fue el obispo de Concepción don Francisco Antonio Escandón quien solicitó a la Santa Sede en 1730 permiso para que el rector de los jesuitas de Castro pudiese impartir el sacramento ante la imposibilidad de que él pudiese hacer visita pastoral al archipiélago. Véase la Relación diocesana, Concepción 20 de febrero de 1730. En F. Aliaga: *Relación a la Santa Sede enviada por los Obispos de Chile Colonial*. Anales de la Facultad de Teología Pontificias Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 1975, 116.

<sup>33</sup> P. Borges: op. cit., 32.

«Día 17 ó 18 de septiembre, tiempo en que los Padres suelen partirse a la misión, llegan al puerto de la ciudad de Castro algunos moradores de la capilla adonde la misión primeramente se dirige, con dos o tres piraguas para el transporte de las estatuas de San Isidro Labrador, Santa Notburga y Cristo Crucificado, patronos de la misión»<sup>34</sup>.

El P. Güell, que escribió su Noticia breve y moderna ocho años más tarde, confirmaba la misma fecha que consignó el P. Walter al señalar que «el 17 de septiembre vienen de Ichoac al Colegio de Castro dos piraguas, con algunos indios de aquel pueblo para buscar al misionero»<sup>35</sup>.

La pequeña diferencia en las fechas tiene relación con el tiempo. Las lluvias y los vientos de primavera hacían impensable asegurar la navegación para un día fijo aunque estuviese predeterminado. De allí que la probable fecha oficial era efectivamente el 17 de septiembre pero en Chiloé eso no significaba certeza absoluta. Por esta razón los misioneros podían predeterminar la ruta misional pero no las fechas exactas de arribo. ¿Cómo sabían entonces los indios el momento en que los Padres los visitarían en sus capillas? El hecho de que los indios iban a buscar a los misioneros que estaban en la capilla precedente a modo de postas marítimas, servía de aviso a los fiscales para comenzar a congregarse a la gente, que podía esperar varios días antes de que los jesuitas finalmente llegaran a la playa e iniciaran la misión.

Si existía atraso en el viaje, los propios indios a través de mensajeros avisaban a las distintas capillas para no adelantar los preparativos. Este detalle no deja de ser importante por el hecho de que los indios estaban encomendados y en tiempo de primavera y verano no podían abandonar sus tareas por muchos días puesto que si bien los encomenderos toleraban la misión, ésta teóricamente no debía extenderse más allá de cinco días, por lo cual un atraso dilatado de los misioneros, si no había aviso a las estaciones siguientes, podía paralizar la actividad de los indios.

Todo lo anterior nuevamente recuerda la tradicional misión volante ya que en ella los misionados de una u otra forma sabían previamente la llegada del Padre.

En la cita del P. Walter, se hace alusión a los santos patronos de la misión. Para los jesuitas fomentar la devoción en la misión era otra forma efectiva de llegar a los naturales. Pero también esta devoción reflejaba las propias convicciones religiosas de los misioneros. Por

<sup>34</sup> Método que practican los Padres de la Compañía de Jesús en su misión de Chiloé. AHNS, Jesuitas 96, f.22.

<sup>35</sup> Noticia breve y moderna. ARSI, Chile 5, f.364v.

ejemplo el P. Rosales en su biografía del P. Torrellas, misionero en Chiloé, relató un hecho considerado milagroso que demuestra la particular devoción que tenían los misioneros:

«En una navegación de Chiloé una soberbia tempestad, que en aquellos mal sufridos mares padeció su navío, les desencajó el timón y se lo llevó. Los navegantes, al verse sin remedio pedían misericordia al cielo (...). El Padre acudió por favor a la virgen y para conseguirlo más cierto colgó una lámina de su retrato en el lugar del gobernable. Al punto gobernó la nave y se serenó el mar»<sup>36</sup>.

Este escrito, realizado con fines edificantes demuestra que el cultivo de la devoción y de la piedad no sólo se inculcaba a los indios sino también a los propios jesuitas. Por ello, no debe extrañar el uso de santos patronos en las misiones por cuanto los propios misioneros tenían sus convicciones al respecto. Las devociones particulares de cada sacerdote estaban condicionadas por la procedencia de los sacerdotes y la educación que cada uno había recibido. A ello había que sumar la espiritualidad jesuítica que tenía cifrada en la intercesión de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Francisco de Regis y de otros santos, para la protección y apoyo a las obras que la orden y sus miembros emprendían día a día.

Pero en Chiloé los patronos no eran santos jesuitas, ni tampoco los patronos de las capillas. Las advocaciones marianas eran mayoritarias y se alejaban bastante de la tradicional costumbre de la Compañía de bautizar los lugares con nombres que identificaran plenamente el trabajo, tal como ocurrió en las misiones de Paraguay, Chiquitos, Mojos, Maynas y California<sup>37</sup>.

Un ejemplo de que en el archipiélago se introdujeron devociones que no eran estrictamente jesuíticas sino que representaban la religiosidad popular que los propios misioneros tenían, se refleja en el caso de Santa Notburga. Esta santa, reconocida como patrona del Tirol, sólo pudo haber llegado a Chiloé por la acción del P. Antonio Friedl,

<sup>36</sup> D. Rosales: *Vida de Varones Ilustres*, ASJCH, Ms 2/J/303, f.174.

<sup>37</sup> En las reducciones fundadas en el resto de América siempre hubo un pueblo que recibió el nombre del santo fundador y también fueron habituales otros como san Francisco Javier y San Miguel. En Chiloé esa ausencia llama la atención, tanto en las capillas como en las últimas misiones que se fundaron.



único tirolés que estuvo en el archipiélago y que trabajó en la misión desde 1724 hasta la expulsión<sup>38</sup>.

Con relación al testimonio del P. Walter, la ausencia de una imagen de la virgen entre las patronas de la misión circular se debía precisamente a que gran parte de las capillas estaban dedicadas a la virgen y en el período en que data el testimonio muchas contaban con sus propias imágenes<sup>39</sup>.

Tal como se señaló anteriormente, la misión llevaba sus propias imágenes, las cuales en cada playa eran desembarcadas para ser llevadas en procesión a las diferentes capillas donde había, en sencillos retablos, un espacio reservado para ellas. Si no lo había, entonces las imágenes eran puestas sobre los mismos cajones que las transportaban y que hacían provisionalmente las veces de «altares colaterales»<sup>40</sup>.

Cada año entonces viajaban San Juan Evangelista, San Isidro y Santa Notburga aunque, como señala el P. Güell, el número de imágenes en la misión circular era mayor. Decía en su testimonio que en Castro se embarcaban «los siguientes santos de bulto: San Isidro, San Juan Evangelista, Santa Notburga, la Virgen y el Señor Crucificado, grande»<sup>41</sup>.

También el P. García, que hizo la penúltima y última misión, decía que acompañaba la misión la imagen «del Santísimo Corazón de Jesús»<sup>42</sup>.

Las variaciones en el número de santos patronos de la misión circular fue evolucionando con el tiempo. Al parecer las imágenes citadas por el P. Walter fueron las más habituales pero a medida que crecía la misión se fueron incorporando nuevas devociones como las citadas en los testimonios de los PP. García y Güell. Estas incorporaciones podrían haber tenido relación con las mejoras que la misión fue experimentando en los últimos años y que significó el encargo de buenas tallas de Perú o Europa<sup>43</sup>.

Bajo la protección de los citados patronos se daba inicio a la misión. Los Padres eran recibidos por el fiscal de la comunidad, quien

<sup>38</sup> Santa Notburga había nacido en Rotenburgo en 1265. Si bien fue reconocida como santa y patrona del Tirol desde la Edad Media el Papa Pío IX fijó su fiesta patronal el día 14 de septiembre.

<sup>39</sup> Método que practican los Padres. AHNS, Jesuitas 96, f.22v.

<sup>40</sup> J. García, S.J.: «Diario de viaje i navegación hechos por el viaje José García de la Compañía de Jesús desde su misión en Caylín en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766 i 1767», en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, 14 (1889), 3-42.

<sup>41</sup> Noticia breve y moderna. ARSI Chile 5, f.364v.

<sup>42</sup> J. García: op. cit.

<sup>43</sup> Sobre las imágenes de Chiloé y su devoción véase la obra de Isidoro Vázquez de Acuña: *Santería de Chiloé, Ensayo y Catastro*. Editorial Antártica, Santiago de Chile 1994.

organizaba una procesión muy solemne con objeto de recibir a los misioneros y llevar las imágenes a la capilla<sup>44</sup>. En esta procesión participaban los indios y españoles que residían en la comarca o jurisdicción de la capilla. Sobre este punto se debe advertir que los jesuitas hacían la misión para los indios pero por las condiciones de abandono espiritual que también sufrían los españoles que vivían dispersos en el archipiélago, éstos podían incorporarse si así lo querían y participar en los días en que los Padres hacían la misión en las capillas. El P. García señalaba al respecto que

«los españoles, que son poco más que los indios, como están viviendo entre los indios, logran sin distinción el beneficio de la misión, pero no se hace lista de ellos por tocar estos a los curas»<sup>45</sup>.

Cuando terminaba la procesión, el P. Superior de la misión, a quien los indios llamaban *Vuta Patiru*, que era el más experimentado y que los indios conocían, pronunciaba un sermón convocatorio en lengua veliche y tras ello se encargaba de revisar el registro que hacía el fiscal de cada familia india, para constatar las asistencias y ausencias a la misión. En ese catálogo, tal como confirmaba el P. García, no se incluía a los españoles<sup>46</sup>.

Verificada la asistencia de los indios y sus familias se examinaba a los niños de la comunidad para ver si habían aprendido los rudimentos de la doctrina cristiana y las oraciones de memoria<sup>47</sup>.

El primer día que se cerraba habitualmente con el rezo del rosario, un segundo sermón del Padre y las alabanzas conclusivas, todos se instalaban para pernoctar en un sitio fuera de la capilla y una pequeña casa para los Padres, dado que no había otras construcciones estables. Incluso la casa de los Padres, llamada tradicionalmente «casemita», que derivaba de las palabras «casa ermita», no se documenta su existencia en el siglo XVII por lo cual, más bien hay que entenderla en el contexto de las mejoras que se fueron haciendo durante el siglo siguiente. El resto de los fieles, dormía en chozas que se hacían para la ocasión, una «especie de tiendas y casas de campaña, donde perseveran todo el tiempo que dura la misión para que puedan asistir cómodamente a sus funciones»<sup>48</sup>.

<sup>44</sup> Métodos que practican los Padres. AHNS, Jesuitas 96, f.22.

<sup>45</sup> J. García: op. cit.

<sup>46</sup> El hecho de que los Padres usaran la lengua veliche, no significaba un problema para los españoles del archipiélago puesto que era frecuente que ellos también conocieran dicha lengua.

<sup>47</sup> Métodos que practican los Padres. AHNS, Jesuitas 96, f.22v.

<sup>48</sup> Ibid.

Pero no todos dormían ya que algunos hombres se quedaban velando toda la noche a los santos patronos que estaban puestos provisoriamente en las capillas<sup>49</sup>. Ésta práctica cumplía tanto una explicación devocional y funcional debido a las velas de sebo que se mantenían siempre encendidas el tiempo que duraba la misión, no podían quedar sin custodia durante la noche<sup>50</sup>. Sobre este punto hay que señalar que durante la misión había personas responsables de cada imagen y recibían el nombre de patrono, en el sentido de que cuidaban los santos además de custodiar y limpiar las capillas de las comunidades.

En los días siguientes, se mantenía la estructura de una misión volante tradicional, es decir, se iniciaba el día con la oración del rosario, luego otro sermón del misionero, instrucción a los niños bautizados por el fiscal durante el año, confesiones en la capilla y misa solemne al mediodía que era celebrada por el segundo misionero, a que los indios conocían como el *Pichi Patiru*, tras la cual se explicaba el catecismo. Mientras tanto uno de los Padres se internaba al interior de la isla para visitar a los enfermos que no habían podido asistir a la misión según lo informado y justificado por el fiscal<sup>51</sup>.

Por la tarde, se rezaba nuevamente el rosario, se hacía otro sermón con su respectiva explicación, se confesaba a los niños y niñas, con quienes se continuaba en las tareas de catequesis. Finalmente entrado el atardecer, se hacía un sermón sobre la pasión de Cristo, «después del cual caminan formados en procesión con hachas, por los campos vecinos y a su vuelta cantan los niños las alabanzas de Cristo»<sup>52</sup>.

En algunas capillas más importantes por el número de indios y españoles que habitaban allí, se hacía una gran procesión con la participación de indios de otras capillas. Esta celebración que tenía una gran solemnidad y belleza recibía el nombre de Vuta procesión<sup>53</sup>. Estos sitios coincidieron con la construcción de capillas más espaciosas en el siglo XVIII.

En el tercer y último día de la misión se mantenía la estructura del anterior. Rezos, sermones, examinaciones, últimas confesiones, misa

<sup>49</sup> Ibid.

<sup>50</sup> R. Urbina: op. cit., 122.

<sup>51</sup> En el siglo XVII estas entradas se hacían a pie por lo cual se tardaba mucho, dada la dispersión de la gente. El P. Güell en cambio menciona para los últimos años de la misión jesuita, el uso del caballo para posibilitar dichas visitas, lo que hace pensar que en algunas capillas tenían algún animal que podía quedar al cuidado de un fiscal, o eran caballos facilitados por los encomenderos que habitaban la isla. En Noticia breve y moderna. ARSI, Chile 5, f.365.

<sup>52</sup> Métodos que practican los Padres. AHNS, Jesuitas, 96, f.22v-23.

<sup>53</sup> Noticia breve y moderna. ARSI Chile 5, ff.365-364v.

solemne con sermón y comunión de los fieles, quienes previamente habían hecho las paces entre ellos. De hecho, no se podía comulgar sin confesión y sin haberse reconciliado con el prójimo con quien se tenían desavenencias.

Como novedad, los Padres imponían los óleos a los niños que habían sido bautizados por el fiscal durante el año. Con ello se suplían «los defectos que pudo (sic) incurrir el catequista»<sup>54</sup>. También se aprovechaba para casar a los novios que estaban a la espera de recibir el sacramento.

Terminada la misa solemne y cantada, se escuchaban las últimas explicaciones del catecismo. Luego se organizaba una bella procesión en la cual las imágenes custodiadas por sus respectivos patronos indios, regresaban a la playa para ser puestas en sus cajas respectivas y embarcadas en las piraguas de la capilla vecina que solían estar preparadas un día antes.

Una última exhortación y la bendición final daban por terminada la misión, tras lo cual venían las despedidas. De esta forma la comunidad quedaba a la espera de la próxima misión y la expectación se trasladaba a la siguiente comunidad que estaba a punto de recibir a los misioneros.

En algunas de las capillas más importantes, la visita se extendía por más días, con lo cual aumentaban las prédicas y las procesiones eran aún más solemnes, incluyendo la de Cristo Crucificado<sup>55</sup>.

Puede resultar llamativo el rigor con que se vivían aquellos tres o más días, pero este tipo de prácticas era normal en la época no sólo para los indios sino también en las misiones populares que se realizaban en el ámbito rural. Además para los indios debía representar todo un acontecimiento, en el cual no sólo recibían beneficios espirituales sino también temporales, ya que los Padres les entregaban muchos agasajos y por último porque en ellos era notorio el gusto por todas las manifestaciones externas, que en la misión eran grandiosas<sup>56</sup>.

Como se puede observar, la misión circular era una mezcla de tradición e innovación en el método de evangelización. Era una misión volante pero con un sello distintivo. Ahora bien, quienes posibilitaban la gran diferencia con una misión tradicional no eran los misioneros, sino los indios. El fiscal y los patronos eran la clave del modelo jesuítico chilote ya que permitían la perseverancia de los indios en la fe durante el

<sup>54</sup> Ibid.

<sup>55</sup> Ibid. También véase Noticia Breve y moderna. ARSI Chile 5, ff.365-365v.

<sup>56</sup> R. Urbina: «El Tiempo Religioso en las Misiones Jesuíticas de Chiloé en los Siglos XVII-XVIII», en *Actas de la 1ª y 2ª Jornadas Internacionales en torno al Barroco Europeo y Americano: 1981-1983*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso 1985, 151-158.

resto del año<sup>57</sup>. Sin el apoyo seglar, difícilmente hubiese sido posible lograr el éxito que se observó en la evangelización de Chiloé.

En definitiva el *Modelo Jesuítico* en Chiloé Colonial debe ser entendido como la sumatoria de factores, que posibilitaron la aplicación de una metodología misional efectiva, concordante con la realidad humana y geográfica del lugar y que incluso hoy puede ser tomado como un buen ejemplo de cómo se puede evangelizar con éxito al pueblo de Dios.

<p><b>Sumario:</b> 1. La metodología misional. 2. Primera etapa pastoral: Castro y los poblados. 3. Segunda etapa pastoral: la misión circular.</p>
---

---

<sup>57</sup> G. Guarda: op. cit., 205-206.